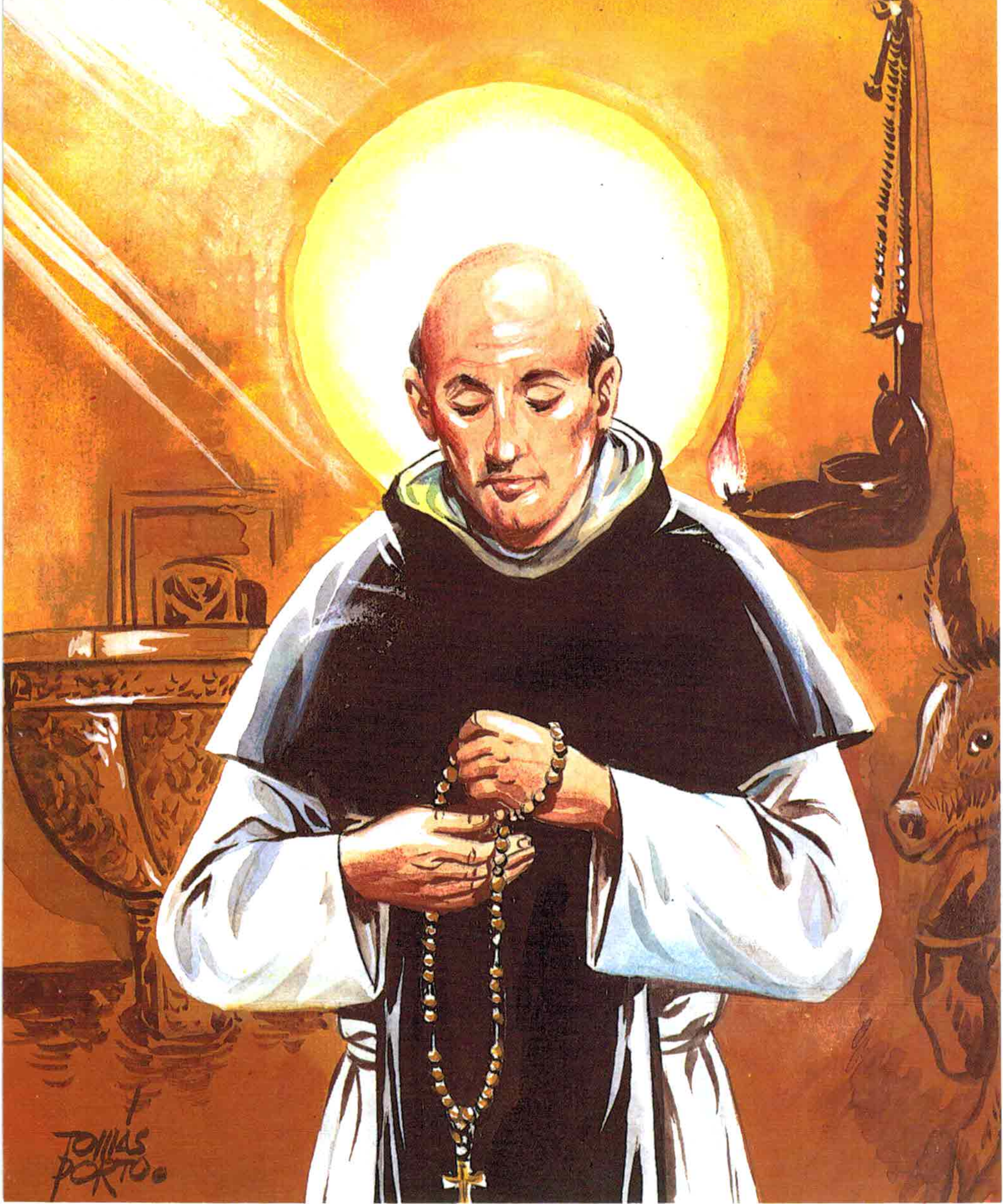
SAN JUAN MACIAS



SAN JUAN MACIAS

Fray Antonio Corredor García
O.F.M.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

D.L.: M-41.763-1987 • I.S.B.N.: 84-7770-088-5

Primera etapa de su vida

Un gran santo extremeño, del mismo siglo que San Pedro de Alcántara, es San Juan Macías, perteneciente a la esclarecida Orden de Santo Domingo de Guzmán.

Fue Ribera del Fresno, villa de la provincia de Badajoz, hoy con cuatro mil habitantes, la que tuvo la suerte de verlo nacer un dos de marzo del año del Señor de 1585.

Su madre se llamaba Inés Sánchez; su padre era Pedro de Arcas, alguacil del Santo Oficio de la Inquisición.

Cristianos pobres, pero honrados y trabajadores, inculcaron en su niño, y en otra hermanita que vino después, los santos principios de nuestra Religión.

Juanito aprendió muy pronto las más elementales oraciones del cristiano, como el Padrenuestro, Avemaría y Gloria, que diariamente escuchaba y rezaba en el rosario familiar.

Pero la orfandad llegó a su casa, pues en 1589 surgió en España un brote de peste maligna, falleciendo el padre, contando Juan entonces nada más que cuatro años y medio de edad. Pocos meses después, murió también su madre.

Pasó el niño a la tutoría de sus tíos y padrinos, Isabel Salguera y Mateo Sánchez, que continuaron su educación.

No pudo asistir a la escuela, pues hubo necesidad de que comenzara el oficio de pastor. Primero cuidó cerditos, más tarde ovejas.

En el campo rezaba, contemplaba la naturaleza, alababa a Dios. En medio de su pobreza, se sentía feliz.

TOMAS PORTO

Visita extraordinaria

En Juan Macías quiso Dios darnos un modelo de humildad, de confianza en la Providencia divina, de penitencia y de caridad para con los pobres. El supo corresponder fielmente a estas gracias, como veremos en las páginas siguientes.

Tendría unos diez u once años, cuando, un día, estando en el campo, ve que se le acerca un niño de su edad, que le dice:

–Buenos días, Juan ¿cómo estás?

–Estoy bien, ¿y tú?

–También muy bien. Mira: Yo soy San Juan Evangelista, que vengo del cielo, porque Dios ha visto que eres humilde y bueno y quiere que te aconseje y acompañe.

Juan le preguntó:

–Y ¿quién es San Juan Evangelista?

–Es el discípulo amado del Señor. El te ha escogido para sí. Y yo he de llevarte a unas tierras muy lejanas, donde algún día te levantarán altares.

Y, para que creas esto, te diré que tu madre, Inés Sánchez, cuando murió, desde la cama subió derecha al cielo. Y tu padre, Pedro de Arcas, que murió antes que ella, estuvo algún tiempo en el Purgatorio, pero ya goza en la gloria del premio de sus trabajos.

El pastorcito se alegró mucho de las buenas noticias sobre sus padres y también de las que a él se referían.

Y le dijo a su amigo:

–Cúmplase en mí la voluntad del Señor, pues otra cosa no deseo sino la que El quiera.

El milagro del pocito

Días después, volvió a aparecérsele San Juan Evangelista y le siguió haciendo otros favores.

Uno de ellos fue que lo trasladó al cielo. Allí vio una ciudad resplandeciente y a sus ciudadanos, bien vestidos y adornados. Y contempló a Dios con tanta gloria y majestad que su gran deseo era quedarse allí para siempre.

Estaba un día el pastorcito Juan sumergido en sus rezos, cuando oye el llanto y los lamentos de un niño.

Corre a ver lo que sucedía. Era su amigo Rafael. Y le pregunta:

–¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras tanto?

–Es que se ha caído al pozo un cerdito y temo que el amo me castigue y me despida.

–Tú no llores por eso, que Dios es muy bueno.

–Sí, ya sé que Dios es bueno, pero el cerdito se está ahogando.

–¿Tú crees que Dios podría sacarlo vivo?

–Claro que podría hacerlo.

–Pues vamos a pedírselo.

Se arrodillaron, rezan el Padrenuestro y ven que el agua del pozo sube de nivel con el cerdito flotando. Al llegar a la superficie, el niño toma el cerdito con inmensa alegría.

En los ratos que le quedaba libre su oficio de pastor, se dedicaba a enseñar a los niños de su edad, y aún a las personas mayores, la doctrina cristiana.

Les ponía ejemplos y les daba razones que le sugería su maestro San Juan Evangelista.

Esto lo practicó hasta que vistió el hábito religioso.

Hacia tierras muy lejanas

Siguiendo la inspiración de Dios y los consejos de su amigo San Juan, determinó emigrar del pueblo. Era el año 1605.

Se proveyó de la partida de bautismo, tomó el hatillo, guardó en él el rosario de su madre, y, una buena mañana, se despidió, con nostalgia, del pueblo que lo vio nacer y de aquellos campos y lugares de él tan queridos y frecuentados.

Contaba veinte años cuando salió de Ribera del Fresno.

Se dirigió, en primer lugar, a Jerez de la Frontera. Allí conoció a los Dominicos, en cuya iglesia tuvo varios éxtasis.

Conociendo su virtud, los frailes lo invitaron a entrar en su Orden, cosa que rechazó, comprendiendo que, al menos por entonces, no era esa la voluntad de Dios.

Durante catorce años ejerció el pastoreo, oficio para él muy practicado y sencillo, propio para la oración y para recibir los dones del cielo.

Se contrató, al fin, con un mercader que partía de Sevilla para América, y, en cuarenta días, con un tiempo excelente, llegaron a Cartagena de Indias.

Como no sabía leer ni contar, el amo lo despidió. Y entonces se le dio a entender que era Lima su último destino.

Hizo el viaje por tierra, a pie y a mula, en compañía de otros emigrantes, y, en cuatro meses y medio, sufriendo toda clase de penalidades, recorrió las novecientas leguas que dista Lima de Cartagena.

Viste el hábito de dominico

Para orientarse en lo que debía hacer en ciudad tan desconocida, acudió al Convento de Santo Domingo. Era portero Fray Martín de Porres, con el que trabaría, más adelante, firme y santa amistad.

Le recomendó una posada en el barrio de San Lázaro. En ella conoció a Pedro Jiménez Menacho, al cual sirvió de mayordomo y de pastor de las ovejas merinas que le mandaban de España.

Tratando de su vocación religiosa con Fray Martín de Porres, éste lo puso en comunicación con Fray Pablo de la Caridad, portero del Convento de Santa María Magdalena, de estricta observancia monacal.

Y un día se despidió de su amo, diciéndole:

–Hermano Jiménez: Veo que es voluntad de Dios que entre a servirle en el Convento de la Magdalena, de los Padres Predicadores. Haga la cuenta de lo que me debe y dé doscientos pesos a los pobres y el resto a Fray Pablo, el portero del Convento. Perdóneme los descuidos que, como hombre flaco, habré tenido.

Jiménez Menacho cumplió con creces lo prometido y, hasta su muerte, siguió dando limosnas a su antiguo criado.

Juan Macías tomó, por fin, el santo hábito de dominico, en el Convento de la Magdalena, el 22 de enero de 1622. Tenía treinta y siete años.

Viendo así cumplida la voluntad del Señor, le daba gracias y le pedía fuerzas para llevar adelante y con perfección sus nuevas obligaciones.

TOMÁS PORTO.

Amor a la Divina Eucaristía

Lo nombraron compañero de Fray Pablo en la portería. Con su ejemplo, comenzó a tener siete horas de oración diarias y a darse horribles y frecuentes disciplinas.

A Fray Pablo lo trasladaron poco después al Convento del Rosario, quedando solo en el oficio de portero, lo que le costó mucha pena.

Comenzó por entonces a padecer de los demonios. Durante doce años, acudían todas las noches, maltratándolo de diversas maneras, viéndose libre de ellos cuando decía la jaculatoria: «¡Jesús Salvador, María y José sean conmigo!».

Su gran amor era la Eucaristía. Oía misa diariamente. Comulgaba con la mayor devoción. Hacía frecuentes visitas al Santísimo, y no tenía rato libre en la portería que no lo vieran en la iglesia en oración.

Pero cuando estaba como enajenado de amor al augusto Sacramento, era en la fiesta del Corpus y durante su octava, en la que se exponía el Santísimo.

Uno de esos días corría él con los gastos de la fiesta, y le ayudaban algunos de sus bienhechores, que siempre cooperaban con sumo agrado.

Don Pedro Ramírez era uno de esos amigos. Despidiéndolo en la portería, juntamente con su esposa, les dijo:

–Que el año próximo vengan a hacer la fiesta con un niño.

–¿Es cierta esa palabra, Fray Juan?

–Yo digo lo que deseo. Dios haga lo demás.

Al año siguiente asistieron a la fiesta con un niño, y hasta entonces no habían tenido hijos.

TOMAS PORTO

Devoción a la Madre de Dios

Todos los días, a las cuatro de la mañana, tocaba el Angelus.

Después, apoyado el rostro sobre los brazos, reposaba una hora, en su celda, delante del cuadro de Nuestra Señora de Belén.

Este cuadro no era suyo, pero el tenerlo allí lo consideró siempre como un gesto misericordioso de la Madre de Dios.

En la capilla del Rosario le acaecieron dos hechos milagrosos. Uno fue el año 1630.

Estando los religiosos en la iglesia, hubo un temblor de tierra.

Salieron en seguida a la huerta, para no ser sepultados bajo los escombros.

También Fray Juan se disponía a huir, cuando oye una voz desde la capilla:

–Hijo Fray Juan, ¿por qué temes? ¿No estoy yo aquí? ¿Adónde vas?

–Huyo de la justicia de tu Hijo.

Y vio la Imagen rodeada de resplandores.

El otro hecho fue el 4 de noviembre de 1642.

Eran las tres de la madrugada y meditaba en el Nacimiento del Señor, pidiéndole que se uniese espiritualmente a su corazón para que su voluntad fuera una con la suya.

Vio entonces que la Virgen María se iluminaba y que, levantándolo en alto, le ofrecía por tres veces al Niño Jesús, diciéndole:

–Toma, hijo. Aquí lo tienes. Recíbelo. Soy yo quien te lo da. Logra tus ansias y satisface tus deseos.

Durante varios días vivió el siervo de Dios lleno de dulzuras y como fuera de sí.

Devoción a las benditas almas del purgatorio

Tanta era la compasión que sentía por las benditas almas del Purgatorio que, según confesión propia antes de morir, solamente con el rezo del Santo Rosario, había librado de aquel lugar de tormentos, un millón cuatrocientas mil almas.

Cuántas más no salvaría con las muchas misas oídas, fervorosas comuniones, visitas al Santísimo, obras de caridad, rezos, mortificaciones y variadas penitencias que por ellas ofreciera.

Este amor a las benditas ánimas comenzó porque, una vez, rezando en la capilla del Rosario, oyó voces y lamentos que le decían:

–Fray Juan, siervo de Dios, acuérdate de nosotras.

–Y, ¿quiénes sois vosotras?

–Somos almas del Purgatorio. Socórrenos con tus oraciones ante el Señor'

El Santo redoblaba sus penitencias, y luego numerosísimas almas se le aparecían y le daban las gracias, pues, por sus méritos, llenas de gozo, subían al cielo.

Como caso concreto, citaremos el de Fray Juan de Sayago, que residía en el otro convento dominico de la ciudad.

Oraba el siervo de Dios en la capilla del Rosario, cuando oyó un fuerte golpe sobre la mesa del altar.

Mira y ve una sombra rodeada de espesísimas llamas, que le dice:

–Yo soy Fray Juan de Sayago, que acabo de morir y necesito muchísimo de tus oraciones para salir del Purgatorio.

Diciendo esto, desapareció, y, a la cuarta noche, tuvo el consuelo de ver que le daba gracias y volaba al cielo.

Caridad para con los pobres

Esta fue una de sus más grandes virtudes.

Con lo que sobraba en la Comunidad y con lo que él se preparaba en la cocina, gracias a las limosnas de sus bienhechores, recibía, primero, a los pobres vergonzantes, y les daba de comer, sirviéndoles con mucha modestia y cariño. Dadas las gracias, los despedía.

Dspués distribuía en ollas lo que habían de llevar fuera de casa a personas impedidas que mandaban por ello.

Luego sacaba lo demás a la portería, donde repartía, con mucha abundancia, la comida a los que allí esperaban.

Y siempre lo hacía hincado de rodillas, cubierta la cabeza con la capucha, los ojos en lo que hacía y el corazón puesto en Dios.

Terminada la comida, les hacía rezar algunas oraciones, les enseñaba el catecismo y los despedía en paz, aconsejándoles que amasen a Dios y se conformasen con su santa voluntad.

Muchos días llegaban las raciones repartidas a trescientas o cuatrocientas, y siempre sobraba algo, multiplicándose milagrosamente la comida cuando era necesario.

Si en alguna ocasión necesitaba ropa, dineros o medicinas, la misma Santísima Virgen le indicaba a qué bienhechor debía pedírselo.

Cuando Fray Juan no podía salir por la ciudad a mendigar el sustento para sus pobres, enviaba a su borriquillo con la orden de acercarse a tales y cuales casas.

El borriquillo, como si tuviera conocimiento, cumplía bien su cometido. Y los bienhechores depositaban en el serón lo que Fray Juan deseaba.

Los chiquillos lo asaltaban, a veces, pero se defendía de ellos a coces y mordiscos.

TOMÁS PORTO

Fama de santidad

Esta fama se la daban los milagros. Los milagros no son la santidad, pero sí efecto y reflejo de la misma.

Fray Juan hizo muchos milagros en vida y sigue haciéndolos después de su muerte.

Un barbero que lo afeitaba con poca destreza, le dejó la cara llena de cortaduras. Cuando, al lavarlo, Fray Juan le dio las gracias por la caridad que había tenido para con él, vio que el rostro del paciente se volvía hermoso y que habían desaparecido las cortaduras.

Discutía el maestro de obras con sus albañiles porque habían utilizado una viga, cortándola bastante más de lo necesario. Fray Juan le da un tirón a la viga y la coloca con una sola mano en el lugar convenido.

El doctor don Baltasar Carrasco acostumbraba a dar a Fray Juan, semanalmente, una limosna fija para sus pobres.

Como había aumentado su familia, dudaba de si debía continuar dándole la misma cantidad.

Se le presenta el siervo de Dios y le dice:

–Querido doctor: He pensado que tiene usted ya mucha familia y que todo le es ahora necesario. Así que, hasta nuevo aviso, no me vuelva a dar la limosna de costumbre.

Un amigo parte para España y se compromete a traerle un cuadro de la Virgen.

Ya regresaba sin el cuadro, pero Fray Juan se le hace el encontradizo, y le advierte:

–Vaya un amigo que así cumple lo prometido.

Y desapareció.

Preciosa muerte

Habiendo tenido noticias de su preciosa muerte, le dice a Fray Dionisio de la Villa:

–Pronto será usted mi sucesor en la portería.

En efecto, el dos de septiembre de 1645, cae gravemente enfermo.

Dura varios días la confesión general, ya que su confesor, el Padre Gonzalo García, le obliga a manifestar las principales gracias que el Señor le había concedido durante su vida.

En una de las visitas que el Superior le solía hacer, le dice:

–Padre, le ruego se mantenga en pie, para honrar así a Nuestro Señor Jesucristo, Santísima Virgen, San Juan, San José, San Pedro y San Pablo, nuestro Padre Santo Domingo, San Luis Beltrán, Santa María Magdalena y a numerosos santos y ángeles aquí presentes.

Pidió le administraran los últimos sacramentos, rogando lo dejaran solo para agradecer a Dios tamaño beneficio.

Al entrar, lo encuentran en éxtasis y con el rostro resplandeciente.

Llega el dieciséis de septiembre, fecha anunciada por él de antemano. Y, reunida la Comunidad, contesta a las preces, con fervor.

Al anochecer, mientras los religiosos, en torno a él, cantaban la Salve, cruzadas las manos sobre el pecho y elevando los ojos al cielo, rindió su alma al Creador, a la edad de sesenta años.

Su cuerpo se conserva incorrupto en Lima, en la basílica de Santa Rosa, junto con el cuerpo de esta Santa y el de San Martín de Porres.

Glorificación

Su Santidad el Papa Gregorio XVI lo beatificó el 22 de octubre del año 1837 y Pablo VI lo proclamó Santo el 28 de septiembre de 1975.

El milagro que sirvió para la canonización, fue el siguiente:

En Olivenza (Badajoz), en el «Hogar de Nazaret», faltaba arroz para dar comida, aquel domingo, a los pobres. La cocinera, invocando al Beato Juan Macías, echa a hervir las tres tazas que tenía y vio cómo se multiplicaba milagrosamente durante cuatro horas, hasta que el Párroco, don Luis Zambrano, dijo: ¡Basta! Y mandó retirar las ollas, después de dar de comer a más de doscientos pobres.